

El Maestro y el Tiempo

Por SAMUEL HERNÁNDEZ

Ilustración: BALLATE

I

Cuentan que una compleja máquina sufrió una avería y nadie en el taller pudo arreglarla. De ella dependía toda la producción, así que hicieron traer a varios especialistas, que tampoco dieron en el clavo después de trabajar intensamente varias semanas. Al fin alguien recordó a un ingeniero ya jubilado del taller y le pidieron que viniera a ver la máquina rota. El ingeniero apenas le echó un vistazo, apretó un tornillito, y el equipo arrancó. El jefe le preguntó cuánto costaba el trabajo y el ingeniero puso en un papel la cifra de 100 pesos. El jefe se molestó: ¿cómo era eso de que por apretar un tornillito y cinco minutos de trabajo iba a cobrar 100 pesos? Pero el ingeniero, sin inmutarse, desglosó así los honorarios: mano de obra: 1 peso; saber qué tornillito apretar para que la máquina funcione, 99 pesos.

II

Detrás de esta historia, que pudiera parecer un chiste, hay una gran moraleja: el conocimiento no es la simple acumulación de saberes; es un sistema de saberes prácticos y teóricos para solucionar problemas, y aún para evitarlos. *No hay nada más práctico que una buena teoría*, dijo alguna vez un grande de la ciencia. Pero para llegar a esa *teoría salvadora*, nuestro ingeniero, médico, zapatero o campesino ha tenido que pasar por un proceso de aprendizaje de muchos años, de sacrificios y de no pocos fracasos.

A modo de un edificio construido desde la base, el conocimiento, en cualquier rama del saber humano, parte de cimientos que se echan desde temprana edad.

Al crecer, nos parece que mucha de esta grava, cemento, hierro y arena ha sido un desperdicio porque... ¿para qué necesita un ingeniero saber filosofía o un médico matemáticas? ¿Qué utilidad práctica tendría para los abogados la psicología humana o para los psicólogos la historia de la Antigua Grecia? Esa misma pregunta se habrán hecho los estudiantes de la Academia de Platón hace más de dos milenios cuando, en el pórtico de la entrada, leyeron por vez primera: *que nadie entre aquí que no sea geómetra*.

III

Transmiten por la televisión cubana en estos momentos una serie titulada *Doctor House*. No es este el espacio ni el momento para una crítica al programa que paraliza a una buena parte de los televidentes cubanos el domingo en la tarde. Pero muchos médicos que lo siguen con entusiasmo afirman que han conocido clínicos con ese talento, más allá de sus indudables fallas éticas, ingrediente dramático que garantiza a los productores del serial un ser humano desatinado para que pueda ser creíble.

¿De dónde saca House tanta sabiduría? ¿Es un genio, un psicópata, o las dos cosas a la vez? ¿Cuándo estudia, revisa Internet, da conferencias —en el único capítulo que lo hizo fue el antitribuno por excelencia— o pasa *cursos de superación*?

No lo sabemos. Y quizás sea mejor ni verlo porque el arte es, en gran medida, entretenimiento. Pero a no dudar que hay, hubo y habrá clínicos con esa sagacidad para encontrar lo que a otros escapa. El secreto, o parte de él, pudiera estar además de en su inteligencia natural, rapidez de pensamiento y memoria prodigiosa, en la capacidad integrativa de sus saberes: a un caso concreto son capaces de aplicarle desde un teorema pitagórico, una máxima aristotélica, un concepto psicoanalítico, un antiguo mito griego o todo al mismo tiempo. El pensamiento creativo es como una enorme red que teje, frente a un problema, infinidad de posibles soluciones porque hay también una amplia riqueza de ideas bien sedimentadas. Entonces podríamos decir a nuestros estimados ingenieros, médicos, psicólogos, abogados e ilustres discípulos platónicos: ¿ven que la geometría sí hace falta?... o por lo menos admitamos su utilidad para activar las neuronas...

IV

Y aunque House tampoco es un dechado de virtudes pedagógicas, su método de enseñar recuerda a los grandes maestros griegos que hacían *surgir el conocimiento*, técnica que recibió el nombre de Mayéutica. A diferencia del pedagogo encartonado e incontestable, estos verdaderos sabios en el arte de enseñar recurrían al sarcasmo, la

actuación, la parábola y, sobre todo, al recurso de que fuera el propio estudiante quien *chocara* con el problema y de él mismo saliera la solución en circunstancias no pocas veces extremas.

Me cuentan unos amigos que, en épocas pasadas, los profesores de medicina obligaban a los estudiantes a presenciar —y ayudar— en la necropsia del paciente que atendían, falleciera a la hora que fuera. Es difícil olvidar *un caso* al que se le ha tratado de salvar la vida y más tarde, en la morgue, sus órganos nos revelan, *cara a cara*, cuán cerca o lejos se estaba de la verdad. *El organismo humano no miente, ni los síntomas tampoco*, nos dice el desajustado House con muy buen ceñimiento. Y coloca sobre el pizarrón -que ya es de acrílico- un grupo de síntomas inconexos en apariencia para que los alumnos -que ya no son alumnos de morgue sino especialistas de experiencia- empiecen a *tirar piedras*. El detalle del maestro está en que aunque sospeche la causa cierta, siempre deja un margen para el error propio, y para que los alumnos *se lancen*. No puede haber miedo a pensar, a opinar, pues el conocimiento, llegar a la certeza, es una ruta de indescifrables senderos.

A veces House le da un bastonazo simbólico en la cabeza a cada uno por decir alguna estupidez. Puede parecer cruel, y de hecho, lo es. Entonces, ¿por qué esos médicos especialistas soportan tanta soberbia del maestro? Pensar y opinar diferente no es el problema, sino cuando esos juicios y opiniones se hacen de manera irreflexiva porque *no se ha hecho la tarea*. Quizás ya House pasó la experiencia: es preferible que los médicos lloren de rabia frente al maestro a que lo hagan en solitario porque no saben cómo resolver un problema o peor, que sea la familia quien lllore al fallecido por sus ineptitudes.

V

Imaginemos, pues, a nuestro ingeniero jubilado en sus tiempos mozos, recién graduado. Es probable que en aquellos días hacer la carrera fuera tener que correr de verdad: empezar como simple obrero en un taller, apretando tornillos, embarrado de grasa, sudando la gota gorda y, para colmo, recordando en cada vuelta de llave cuantas fórmulas tuvo que aprenderse durante noches y noches en vela para obtener un título que de nada le servía en ese momento. Para colmo, lo pusieron a trabajar con un viejito que no podía ni con su alma, llevaba 40 años en el mismo puesto y apenas tenía el sexto grado de escolaridad. Viejo resabioso; llegaba temprano, salía tarde, todo tenía que estar limpio, en orden casi perfecto, y no se podía hablar mientras se trabajaba. Lo peor: para optar por la plaza de ingeniero de la fábrica, este viejo tan exigente debía certificar que el joven graduado estaba listo para pasar a la producción.

El ingeniero sólo tenía dos caminos entonces: aprender del viejo obrero *en la concreta*, o creerse el *experto* que decía el título era, y rezar para que el tiempo que consideraba *de castigo* pasara lo más rápido posible. Muchos de los especialistas que llamaron para solucionar el problema y no pudieron, quizás nunca tuvieron esta *segunda prueba*. Pero el hombre que apretó el tornillito e hizo andar la fábrica de nuevo, sí. ¡Viejo de mal carácter aquel!, recordaba el ingeniero. Cuando metía la pata, y se justificaba con lo que le enseñaron en la universidad, detrás venía el viejo, y le decía que quemara todos esos libros porque aquí, en el taller, la cosa era con guitarra y no con violín. Y, para chotearlo más, lo llamaba *ingeniero*, no por su nombre de pila: *a ver ingeniero, cómo se llama esta llave... dígame ingeniero, cómo se arregla esto otro...*



Con mucha paciencia se fue acercando al anciano. En el horario de almuerzo y al terminar la jornada laboral, compartían ideas y cuentos que nada tenían que ver con el trabajo. El joven hablaba de sus sueños, y de una familia en proyecto. El viejo obrero, ya sin quimeras, le expresaba el deseo de que su oficio no desapareciera con su retiro y su muerte, temida ahora más que nunca por el cariño que le dispensaban sus nietos.

VI

Cuando el ingeniero, ya jubilado, estuvo frente a la máquina y la oyó sonar, supo de inmediato qué le pasaba. Podría haberse virado hacia los jefes y los nuevos técnicos y dar una disertación sobre el sistema de contrapesos y poleas, los pasadores y los bujes gastados...

En ese momento recordó al viejito. Se vio joven, desconcertado frente a un equipo, sin saber qué hacer, y el obrero veterano acudir en su ayuda y decirle, con una sonrisita que al principio le caía como una bomba: *ingeniero, cará, aprende rápido porque esto no lo enseñan en la universidad y yo no voy a durar toda la vida*. Después, el viejo obrero apretaba un tornillito, un sencillo tornillo, y la máquina funcionaba como nueva...

Ahora, el jefe seguía peleando: le parecía injusto pagarle 99 pesos por apretar un tornillo. Eso era lo que ganaba él en una semana de trabajo. El ingeniero jubilado sonrió, tomó de nuevo el papel en sus manos y lo rompió en pedazos pequeños. Luego, le dio la mano al jefe, y se quedó mirando a lo lejos, donde antes terminaba la nave del taller. En aquellos tiempos duros acostumbraban, el viejito y él, *coger un diez* allá detrás.

Fue entonces cuando, sin entender nada, le oyeron decir: ¡*Gracias, maestro!*